

rra, es el que en realidad prevalece y protagoniza la visión del «limo terrae» de los noventayochistas. Dos características más esenciales. Nacen en la periferia de España y aunque no se olvidan del suyo, descubren, cantan y adoptan el paisaje castellano. Y yo me pregunto hoy algo que parece ser Pedro Laín no se planteó entonces. ¿Por qué fue así? ¿Por qué se dio este raro fenómeno de forma tan unánime? No creo en la casualidad. A todo efecto le precede una causa y esta vez también prevalece la regla. El hecho del nacimiento en los límites de la patria tiene una significación decisiva en todas las facetas de su pensamiento y en especial en la muy importante de su concepto de patria. El factor es determinante para la tarea propuesta: la unidad de España. La idea representa, quizá mejor que ninguna otra, el espíritu del 98. España en su momento histórico necesita más que nunca de esta unidad en su geografía y sobre todo en su conciencia, en su pensar. Hay que apuntalar a la patria desde sus cuatro costados. Castilla no se basta ya a sí misma. Y puntales se levantan desde Vasconia con Unamuno y Baroja, desde Levante con Azorín, más allá de Despeñaperros surge Antonio Machado y de donde la tierra acaba y el mar se inicia, Valle-Inclán. Todos sienten la acuciante llamada y acuden presurosos a Castilla y en castellano hablan, escriben, piensan y sienten. Hay que olvidarse de la región por amor de la nación. El propósito se cumple y Castilla se convierte por amorosa adopción en la representación más genuina de la patria; y no por ello podemos llamarles traidores, pues ninguno reniega de sus factores étnicos, sino hombres capaces de olvidarse de todo lo que no fuera la unidad que con urgencia solicitaba la patria malherida. Así, no es la traición a la patria chica lo que les guía en su decisión, sino la fidelidad a la patria grande. Hay que esparcir una consigna común que debe expresarse en una sola lengua, pues el destino a cumplir a todos nos atañe. De aquí su innegable profesión de castellanidad y de aquí la necesidad de haber nacido fuera de ella para al ejercerla poner en práctica la imprescindible unidad que tal ejercicio implica. Testimonio de este amor a Castilla lo encontramos en casi cada una de las páginas de aquel grupo de hombres ilustres.

El historicismo

Junto al paisaje la historia a la que sirvió de marco. Laín Entralgo inicia su apartado «El sabor de la historia» con la transcripción de un párrafo de Melchor Fernández Almagro que nos da una visión de España y su circunstancia fidedigna y ajustada a la realidad. Remito al lector a su obra *Vida y obra de Angel Ganivet*, en donde se inserta esta opinión. Perfilado el cuadro Laín lo contempla y surge enseguida, quizá por contraste, la comparación con la idea noventayochista. El resultado es la pregunta: ¿Podían los españoles de entonces despertar a la lucidez y aspirar a la eficacia? Deja el interrogante sin respuesta, apuntando que podría contestarlo afirmativamente, pero que no quiere «conjeturar eventos futuribles». Y añade «debo limitarme, por tanto, a percibir y denunciar que algunos españoles esclarecidos sintieron al menos la impresión de vacío, de flacidez que traía a sus almas su propia situación histórica de españoles. Esa impresión será expresada con distintos nombres; es la abulia de Ganivet, el marasmo que angustia a Unamuno, la «depresión enorme de la vida» que Azorín advierte, la visión machadiana de una España «vieja y tahir, zaragatera y triste», el inconsciente y alegre «suicidio lento» que con tan enorme tristeza —una tristeza de gigante ven-

cido— delata Menéndez Pelayo. «¿Qué tiene que ver el necio contento de aquellos españoles de 1885-1890-1895 con la ilusión grave y creadora de los pueblos acordes con su historia y con el tiempo en que viven?»¹¹ En lo escrito se enumeran los males de España: abulia, marasmo, depresión, vejez, tristeza, lento suicidio. Los del 98 meditan sobre una situación que hoy llamaríamos límite y luchan desesperadamente para acabar con ella. La tarea es ardua. La batalla no se gana tan fácilmente. Hay que buscar la raíz y el origen del mal. Y esto les lleva a remontarse a tiempos pretéritos. Ante la meta propuesta no queda más remedio que ponerse en contacto con la historia de una nación que ha dado como resultado un carácter racial y una situación negativa y absurda que se niegan a aceptar. Hay que enmendar las cosas, cambiar la situación a la que hemos llegado y para ello es necesario e imprescindible el estudio de la historia patria. Ahora bien, yo quisiera añadir que para servir a su propósito los del 98 han de ver y entender la historia de España de un modo «sui generis». La Historia es mezquina. Los noventayochistas no ven, o no quieren ver, la mezquindad de «su historia» porque no les interesa. Su objetivo se cifra en recordar y ensalzar los héroes de la tradición hispánica, el Cid, el César Carlos, el Quijote (que es también un personaje histórico porque ha vivido), en resumen: el Imperio con todas las virtudes que lo conformaron, nobleza, austeridad, inteligencia, honradez y valentía, trabajo y espíritu de empresa, virtudes de las que el pueblo español se había olvidado y a las que debería volver si quería salir del profundo atolladero en el que se encontraba. Como hemos dicho, la batalla no se gana, pero da sus frutos, alerta a los españoles y siembra la buena semilla que germina y da origen al árbol hoy aún vivo. Y gracias a esa alarma histórica mucho se ha adelantado desde la Restauración y la Regencia hasta nuestros días. La pregunta era inevitable y la respuesta sólo podía darla la historia, es decir, la raíz que sustenta el árbol. Los del 98, de un modo u otro, establecieron contacto con ella. Y así, por no citar lo más obvio, diremos que Machado pasa meditando la visión «gineriana» de la patria y Ramiro de Maeztu dando un giro amplio pero lógico, encuentra la auténtica base del historicismo del 98, no en los acontecimientos que vivieron, ni en los libros que leyeron en la escuela, sino en la misma vida agitada que les tocó vivir, y «sobre todo en las lecturas que escogieron. Ellas son las que permiten el comercio con la Historia Universal en curso a quienes habitan en países de escasa eficacia histórica».¹²

Autodidactas

Lógicamente esta afirmación nos lleva a hablar del autodidactismo en el que insiste Laín. Según Unamuno el libro en España es más imprescindible que en otras partes. Se reafirma el escritor, que está en lo cierto, «aquí tenemos que suplir cada una de las deficiencias de la cultura ambiente y las deficiencias de nuestra educación; el español se ve obligado a ser autodidacto».¹³ Es el único remedio. Para establecer contacto con el mundo, sobre todo con Europa, hay que leer, y todos ellos, sobre todo en su juventud, devoran con ímpetu

¹¹ *Ibidem*, p. 100.

¹² *Ibidem*, p. 112.

¹³ Unamuno, Miguel de, «*Almas jóvenes*», Ensayos, I, p. 523. Citado a través de La Generación del 98, *ibidem*, p. 113.

inigualable libros y más libros. El autodidactismo se va acentuando por dos razones: la falta de auténticos maestros y la necesidad de contactar con la cultura de los demás pueblos. La anécdota de Valle-Inclán es ya clásica; alguien pregunta: ¿Cómo es usted tan culto sin haber ido a la Universidad? A lo que el maestro, ceceando, contesta con agudeza «Por ezo, por ezo». Salinas, después de declarar su coincidencia con el autodidactismo, cita a Carlyle «la mejor Universidad es una buena biblioteca». Fernández Almagro, más explícito, apunta: «todos han leído los mismos libros extranjeros... los poetas simbolistas y los novelistas de naturalismo francés con el belga anexionado Mauricio Maeterlinc, un alemán de tan formidable empuje como Nietzsche, algún inglés como Wilde, los novelistas rusos recién descubiertos, un italiano tan sugestivo como D'Annunzio». ¹⁴ Me parece un descuido la omisión de Schopenhauer.

España y Europa

Esta lectura de autores europeos da como consecuencia inevitable la necesidad imperiosa de la europeización de España, idea que ya anidaba en la mente de los hombres del 98. Respecto a estas lecturas, además de los testimonios antes citados, hay que añadir, según Laín, el de los propios interesados, y el historiador los incluye detalladamente dándoles la significación que merecen. Entra después en materia y centra el interés de los biografiados en tres géneros; la Literatura, antes que nada, la Historia y la Filosofía, materias esenciales en la formación del escritor. Dos notas predominan en estas lecturas; casi todas son «europeas y modernas». Así tenía que ser ya que europeístas y modernos eran los lectores ávidos de aprender, con una enorme curiosidad por desvelar los misterios de la ciencia, una ambición desmedida de saber, una gran preocupación por la estética y una eterna inquietud por conseguir descifrar el misterio de la belleza. Todo esto tiene un solo objetivo: la incorporación de España en la Europa moderna, «la total secularización de la vida» que por lo demás había empezado ya en el siglo XVIII. Profundizando el profesor Laín, estudia lo que estas lecturas muestran a sus sensibles lectores y habla de la «estremecedora gigantomaquia» de la Europa moderna en torno a la autarquía del espíritu humano: «mi naturaleza y yo contra todos». «Razón y vida han sido históricamente los dos motes sucesivos de una misma pretensión; la pretensión que el hombre ha tenido y sigue teniendo de bastarse a sí mismo en la tarea de hacer su propia vida.» ¹⁵ Pretensión de los hombres del 98 que a su vez comparten los escritores europeos, y que haciéndola extensiva a la patria, consideran que podría ser el remedio a la parafernalia de los males que la aquejan. Integrarse en el concierto europeo sin perder la propia personalidad, bastándose a sí misma en la tarea de alcanzar sus objetivos. Es la peculiar y, por lo mismo, soñada europeización de España, fundamental en el pensamiento del 98.

Las vías de Dios

Este razonar sobre las lecturas de los «modernos» maestros europeos que les lleva al positivismo, la autosuficiencia y la europeización alcanza sus creencias religiosas. El bió-

¹⁴ Laín Entralgo, Pedro. *La Generación del 98*, p. 115.

¹⁵ *Ibidem*, p. 121.

grafo se encuentra ante una de las facetas más interesantes que caracterizan el pensamiento de una gran parte de los escritores noventayochistas: el problema religioso. El siglo XIX llegaba a su fin y se había entrado de lleno en el período álgido de la decanación de las iglesias; esto aportó una mayor conflictividad al pensamiento metafísico de los intelectuales del 98, en absoluto ajenos al fenómeno. En realidad creo que se trata de un problema formal que no atañe demasiado a la esencia de la fe. Lo que en realidad se produce es la rebelión contra el dogma y el rito, que conlleva la separación de la ortodoxia y al abandono de la práctica católica. El hombre europeo finisecular entra en el nuevo siglo rechazando toda clase de intermediarios entre él y Dios, un Dios que él mismo, con ligeras variantes, se ha fabricado y con el que quiere hablar directamente fuera de todo credo o denominación. Pedro Laín, ante la papeleta que se plantea como escritor católico, llega a una conclusión que reza así: «Ningún católico puede justificar la disidencia religiosa de un hombre y menos aceptar los juicios que acerca de cuestiones religiosas emita ese hombre desde su situación de disidente». Esta aserción a la que él mismo califica de «categórica», y lo es, tiene una compensación, el envés de la hoja, en el concepto expuesto a renglón seguido, «ningún católico debe juzgar ligera y despiadadamente los problemas religiosos de un hombre cuando estos problemas parecen —basta con que parezcan— sinceramente vividos». Y cierra el discurso con un juicio, a mi entender controvertible. «Una disidencia religiosa es, desde luego, absolutamente *injustificable*, pero en modo alguno tiene que ser siempre absolutamente *ininteligible*.» Ignoro lo que opinará hoy en día el autor de *La espera y la esperanza* pero creo que a su juicio de entonces convendría darle otro matiz, quizás sólo de formulación. El auténtico católico no puede justificar las disidencias que la Iglesia rechaza, porque entonces dejaría de serlo, ahora bien, en cuanto a entenderlas, eso es harina de otro costal. Después del Concilio Vaticano, en el que la Iglesia admitió la posibilidad de encontrar ciertos valores, incluso en el error, creo que la frase «pero en modo alguno tiene que ser siempre absolutamente “ininteligible”», deberá ser sustituida por «pero sea cual fuera (la disidencia) tiene que ser siempre “inteligible”, aunque no por ello aceptada». La diferencia es pequeña, ya he dicho que era cuestión de matices, pero la apertura y el «aggiornamento» que la Iglesia consiguió con Juan XXIII nos inclinan a hacerla constatar. No sé lo que piensa hoy el hombre a quien rendimos homenaje. Laín no se escandaliza de la escisión religiosa del 98, sino que la justifica y la entiende en función del estado en que se hallaba la Iglesia española de finales de siglo. Y así habla por boca del Padre Oromi «religión decadente virtualmente practicada por un clero demasiado metido en política, sin vigor apostólico y con mucha ignorancia del credo que debía enseñar. Lo clerical y lo eclesiástico estorbanles más que los mismos dogmas». Y añade, alzándose contra la calumnia de los motivos personales, «no fue la corrupción de costumbres la que movió a los jóvenes intelectuales a abandonar el dogma católico, como se dice por ahí, muchas veces por pereza intelectual, o por simplificar la historia, sino una verdadera indigencia intelectual que se ha dejado sentir demasiado en el catolicismo español de los últimos siglos». ¹⁶ Resume su tesis el historiador: «los jóvenes

¹⁶ Oromi, Padre, El pensamiento filosófico de Miguel de Unamuno, Madrid, 1943: pp. 48, 51. Citado a través de Laín Entralgo, ibídem, p. 123.